

“Viví en las antípodas de los argentinos”

Entrevista a Luisa Futoransky

ADRIÁN FERRERO

La escritora argentina Luisa Futoransky¹ reside en Francia desde hace muchos años, luego de haber alternado largas estadías en países de Oriente, por razones bastante azarosas, según la autora. Los motivos de esa vida trashumante trazan un señalamiento (y hasta una suerte de paradoja), entre orígenes y proyectos, y orientación vitales. En todos los lugares en los que vivió realizó trabajos vinculados a la gestión cultural, la docencia y el periodismo y se dedicó a la escritura creativa.

La presente entrevista fue realizada durante el año 2012, en el marco de un proyecto de reportajes a escritoras argentinas contemporáneas. Etapa particular-

¹ Sus últimas publicaciones son: *Ortigas* (2011); *Prender de gajo* (2008, Madrid); *Inclinaciones* (2007, Buenos Aires); *Seqüana barrosa* (2007, Jerez); *El Formosa* (2010, Buenos Aires); *Partir, digo* (2011, Madrid). En 2013 publica la así subtitulada “noveleta”: *23:53* (Buenos Aires). *Lunes de miel* (balada en la más estricta intimidad) es un ensayo de 1995 traducido por Louis Soler Belfond (París). Participó en numerosos festivales internacionales de poesía como los de Jerusalem, Barcelona, Trois Rivieres, Buenos Aires, Guayaquil, San Juan de Puerto Rico y fue invitada a seminarios y conferencias en universidades de Estados Unidos, Alemania, Francia y España. Obtuvo las siguientes becas y distinciones:

1990. Chevalier des Arts et Lettres, Francia.

1991. Beca de la Guggenheim Foundation, USA

1997. Regent's Lecturer en la Universidad de Berkeley, California, USA

2010-1993 y 1987: Beca del Centre National des Lettres, Francia

Publicó los siguientes libros de artista (Livre d'artiste): *Desaires*. Texts and poems with photos from José Antonio Berni. Del Centro Editores (Madrid, 2007) y *Desaires/affronts*. Translation in french by Camille Lopato, Del Centro Editores (2008, Madrid). Además, publicó las novelas *Son cuentos chinos* (1983) y *Urracas* (1992), que conocen ediciones argentinas. En lengua española, sus obras circulan ampliamente por España y algunos de ellos han sido publicados en Uruguay. Relevante resulta mencionar la publicación del volumen crítico sobre su obra, *Luisa Futoransky y su palabra itinerante*, compilada por Ester Gimbernat González (Ediciones Hermes Criollo, Uruguay). Su obra fue traducida al francés, inglés, italiano y hebreo.

mente fecunda de la autora, durante estos últimos años venía de publicar su novela *El Formosa* y estaba por lanzar lo que ella gusta denominar una “noveleta”, titulada *23:53*, ya editada al momento de publicar esta entrevista.

La poética de Futoransky se puede definir, en palabras de Sylvia Molloy y Mariano Siskind, según una “poética de la distancia”, porque se condensa en un contrapunto entre el presente de la enunciación (su poesía o su prosa al momento de ser concebidas y producidas) y una nostalgia singular asociada a sus años de infancia/juventud en su país natal, lo que se pone de manifiesto en un sociolecto literario anclado en un pasado rioplatense claramente fechado, tal como lo explica la autora en las páginas que siguen. En tal sentido, es posible rastrear interesantes pistas en torno de ciertos compases que ponen el acento en una relación de impacto ideológico entre el amor y la pertenencia a los años en la patria, y a una obra que despliega, no obstante, facetas novedosas desde el punto de vista de sus formas compositivas y sus contenidos. Las resonancias fuertemente argentinas de su español rioplatense no dejan de resultar sorprendentes (pero, también, invitan a una meditación) en una creadora cosmopolita, de vida trashumante, afincada en otras culturas.

Usted ha vivido largas temporadas en países de Oriente ¿Podría contarnos las razones por las que residió allí? ¿Por qué eligió esos países en particular, tratándose de culturas tan alejadas aparentemente de la argentina?

Mirando por el retrovisor no estoy tan segura de que yo haya elegido los países de Oriente, ni siquiera Francia en la que vivo desde hace tanto, son las oleadas de la vida que operan con mayor o menor fuerza en la línea de vida de cada uno, en la capacidad propia de resistir o dejarse llevar por sus embates. Viví en las antípodas de lo argentino, es cierto, a la larga eso se convirtió en una de mis cualidades. Vivir en el anverso te permite zurcir prejuicios del reverso.

¿Qué funciones desempeñó durante los años que vivió en Oriente, hasta radicarse definitivamente en París?

Funciones es mucho decir...digamos tareas que desempeñé para sobrevivir. Trabajé de profesora universitaria enseñando en Tokio la puesta en escena de la ópera italiana y fui periodista radial en Japón y China. Pero, de eso hace muchos años.

¿Cómo fue la primera vez en París y cómo es vivir en París, en su vida cotidiana, en sus rutinas, en los espacios que habita de la ciudad y de su casa?

La primera vez fue fascinación de paso, la segunda y tercera también, la cuarta, para quedarse fue de mucha escritura, mucho desafío, fue escribir mi primera novela hecha casi para probarme si podía o no ser corredor de fondo, y pude. Fueron años de mucha búsqueda de sobrevivencia, trabajé años en el centro Pompidou, en su museo de arte moderno y fui periodista en la agencia de noticias France Presse.

¿Cómo fue experimentar la escritura en esos contextos tan disímiles pero siempre extranjeros? La lengua extranjera ¿Era inspiración o cárcel?

No puedo saberlo con certeza, cada tanto escribo un ensayo sobre el tema y en general pienso que lo que no mata engorda, y el lema de mi escudo es *suma pero no resta*, quiero decir que acepto las briznas que me brinda mi tránsito, las rumio en mis cuatro estómagos más o menos sagrados con los que confecciono mis escenarios, cortinados u teatritos en los que me muevo, como mejor puedo. Ahora se me da por pensar que esta es la etapa de coleccionar no máscaras sino sombras.

¿Qué sentía cuando escribía en su vida en Oriente? ¿Qué siente ahora? ¿Qué siente frente a un texto definitivamente afianzado, terminado frente a otro en curso?

La primera parte no la sé contestar bien, en cuanto a la segunda es el momento por el que atravieso, acabo de terminar una novela, mejor dicho una noveleta que tiene por título, al menos provisorio, *23:53* y vuelvo a proseguir un libro de poemas². Ahora eso de cerrar algo definitivamente es menos evidente, cada vez que retomo un fichero de algo publicado siento que no está terminado, que podría recomenzarlo, eliminarlo, volver a pensarlo, etcétera.

Son cuentos chinos, *su novela de 1983, tiene algo de claustrofóbico. En el sentido de que*

² *Nota del entrevistador:* dado que la entrevista fuera revisada de modo relativamente reciente por la autora, la mencionada “noveleta” ya había adoptado ése, su título definitivo, y publicada en editorial Leviatán, dirigida por Claudia Schwartz. De modo que cuenta en su catálogo con gran parte de su obra en Argentina: dos libros de poesía, dos novelas y dos de traducción y edición.

se trata de un tipo de ficción que diera toda la impresión de que fuera escrita para protegerse, bajo la forma de un tabique, de un mundo que enajena, que aliena y elimina la libertad subjetiva. ¿La escritura funciona aquí como una suerte de protección, de autopreservación? Esta experiencia parecer ser recurrente. ¿La experimentó en sus largas residencias en los países antes mencionados?

Cada uno habla de cómo le fue en la feria, querido Adrián, yo no siento para nada *Son cuentos chinos...* como libro especialmente claustrofóbico. En mi proyecto primigenio existió una carta de amor y un reto: decirle a Henri Michaux que una chica, argentina para más señas, podía responder a su fantástico libro vía Borges, *Un bárbaro en Asia*, y qué querés que te diga, me gusta aún el desparpajo de ambos.

¿Cuáles fueron sus primeras experiencias con la escritura? ¿Las hubo escolares o más vinculadas al orden de la travesura, el amor o simplemente los pasatiempos?

La verdad, no sé muy bien ubicar el punto preciso del primer arraigo en la vocación literaria. Me reveo con el brote ya prendido. Es siempre muy juvenil, digamos en medio de la escuela secundaria, a eso de los catorce años.

A los quince, me veo con la excusa de preparar quinto año libre en el secundario en realidad encontrarme con una compañera para escribir a cuatro manos una novela de horrendo y cursi título *Momentos numerados* y de la que por suerte no existe ningunísima copia. No me quedó otra que aprobar quinto libre e ingresar a la Facultad de Derecho a los dieciséis.

A lo largo de su vida, ¿qué textos recuerda que le ofrecieron más resistencia a la hora de ser escritos y cuáles menos? ¿Por qué, cómo resolvió esa resistencia, poniendo un ejemplo?

No sé si entra o no aquí en tu pregunta el momento del tijeiteo, el momento de humildad en que agarrás la tijera, no digo el bisturí, y cortás lo desprolijito, lo que chinguea. Aunque no sé qué decirte en momentos como ahora en que la moda privilegia el chingado.

En cuanto a resistencias, hay algunas que nunca resolví, como escribir un cuento para niños, simplemente un cuento o una obra teatral.

Durante su extensa radicación y vida en París, ¿se vinculó al círculo o a los círculos de argentinos radicados en Francia? ¿Podría dar ejemplos concretos? ¿Siente que hay como

una “aire de familia” en esas obras que las vuelve en un punto convergentes, más allá de lo tópico? También usted siguió publicando en Argentina su obra o parte de ella. Evidentemente hay un vínculo intenso con su patria, que puede advertirse también en las distintas voces, sintaxis y léxicos que despliega en su poesía o narrativa.

No estoy vinculada a ningún círculo literario ni de aquí ni de allí suponiendo que alguna vez sepa que es aquí, allí o acullá. El vínculo intenso está rubricado en mi lenguaje, el lenguaje de los argentinos de un punto preciso del mapa en una época determinada de mi formación, los años 60. En cuanto a que publico en Francia también es cierto, pero de una treintena de títulos publicados, solo seis están en francés. O sea que castellano gana en mi lista por amplia goleada.

¿Escribe algunos de sus textos en francés? ¿Por qué? ¿Qué relación mantiene con la lengua francesa?

No escribo en francés. La razón primera es porque no sé hacerlo. Vivo en francés, trabajo en francés, hago mis pagos en francés, vivo la política del país, pero escribir solo escribo en ese idioma con el que llegué (tarde) a París, mi propio y exclusivo idioma argentino.

En algunos de sus libros de poemas (pienso por ejemplo en Inclinationes), obstinadamente tanto el lenguaje literario como los tópicos y la toponimia se sitúan en una Buenos Aires del pasado o bien utiliza, hablando de tópicos con contenidos cosmopolitas, un lenguaje literario claramente rioplatense. Ello produce en el lector una sensación de desconcierto. Se trata, de una Buenos Aires enrarecida, quizás con una pátina que evoca algo detenido en el tiempo, como una ventanilla empañada: aquello que quien partió se perdió de seguir viviendo o viviendo. ¿Le parece que esto tiene que ver con una “poética de la distancia”, con obsesiones personales o bien con necesidades propias de una escritora o, mejor, una persona que busca urdir una suerte de “novela familiar” que la asocia a un origen, a una pertenencia?

De acuerdo con todo eso. Pienso en un artista francés contemporáneo, Bertrand Lavier que pone, repone y vuelve a poner capas de pintura en objetos familiares, mesas, pianos de cola, lámparas y así. Cada uno con sus capas, sus napas freáticas, sus ruinas, sus miguitas para orientarse en el laberinto... Y si mis líneas ponen a un lector crítico como vos dosis de desconcierto, desamparo y desasosiego, tanto mejor, vivan las tres des. Quiere decir que he zafado, logrando en parte mi objetivo: alejar la indiferencia.

En su libro Ortigas, en cambio, persiste el lenguaje rioplatense, pero el tipo de experiencias, ciertas obsesiones de las que da cuenta el libro suelen tener que ver con sucesos dolorosos, o bien relacionados con el pueblo judío o bien con circunstancias asociadas a la opresión, la estupidez, el cinismo o la injusticia. Ciertamente demoledoras, desoladoras. Pareciera aquí como si hubiera una especie de matiz. El desparpajo y el humor, incluso la nostalgia, dieran la sensación de tender a replegarse y el protagonismo es liderado, en cambio, por circunstancias vinculadas al horror, al miedo, como decía, a la violencia. ¿A qué atribuye esta suerte de nueva inclinación? ¿Usted puede percibirla como autora?

Te olvidás, Adrián, en esa justa enumeración un elemento que por suerte aún no conocés y no está en tu confin, no es tu permanente espada de Damocles: la vejez. La periclitación y la ineludible ley de la gravedad de la que ningún vivo ha logrado por ahora escapar.

Pienso en El Formosa y resulta inevitable evocar una novela del orden de lo coral, en la que, como en un canon, distintas voces entran y salen de la ficción, ingresan y egresan ¿Qué fue lo que suscitó esa forma en el caso puntual de esta novela?

¿Simplemente se presentó así o fue una decisión deliberada?

Lo digo en la primera página, la palabra adecuada para mis intenciones es llevar adelante un orfeón. Voces y peso sobre los hombros. Sin violines ni arpas para endulzar el contenido.

Creo que como en todo lo que escribí, el protagonista es ante todo el lenguaje. En el texto explico por qué la novela se llama *El Formosa* pero adelanto que desenredo un ovillo donde se integran:

1. *Moza tan formosa... non vide en la frontera...* así empezaba uno de los primeros poemas que aprendíamos de memoria en la clase de castellano del colegio secundario y hablaba del reino de la belleza, la que jamás volveremos a apresar, si es que alguna vez estuvo entre nosotros.

2. La isla china antes de llamarse Taiwán. En una isla que no existe, cabe el depósito y el almacigo de todas las utopías. Pero, hay que cuidarse de los piratas que asolan las costas para apropiarse de las esmeraldas y los tiburones carnívoros.

3. Formosa, por la remota provincia argentina donde terminó recalando esta gente, especialmente las mujeres, que entre dos guerras construyeron las pala-

bras, precarias, de este mundo que heredamos.

Formosa, last but not least fue un barco francés que durante décadas arrojó europeos a las costas del Atlántico, entre ellos mis padres, mis abuelos y buena parte de la parentela. Resumiendo, que en *El Formosa* quise contar la historia de un mundo que desaparece con los personajes, la vieja generación, los que tienen entre 70 y 90 años, la “*mishpuje*”, familia, a la hora de la Atlántida y nosotros, con el pie casi en el estribo, mirándolos partir, impotentes, como ellos. *El Formosa* es un texto arduo de encasillar pues tiene calidades biográficas y testimoniales, se trata de un relato que hurga en la “intranquilidad permanente del extranjero” como alguna vez propuso definirla Michel Torga. El género en Francia conoció rápida difusión bajo el nombre de *roman de autofiction*. *El Formosa* es sobre todo la historia de emigraciones y exilios entre dos guerras, narrado especialmente a través del testimonio de mujeres de tres generaciones, apeladas “las mudas” por su difícil acceso a la palabra escrita: ellas, que construyeron las palabras, precarias, de este mundo que heredamos. Resumiendo, en esta novela se cuenta la historia de un mundo que desaparece y que los personajes legan, como pueden, a las nuevas generaciones mientras avanzan por la cuerda floja, inexorable de la indiferencia y el olvido. Tan frágiles una como otro. En efecto, escribir este tipo de libro en la zona indefinible entre el relato y el testimonio es escribir no sólo sobre vidas y sus epopeyas menores e indispensables de la mayoría de nosotros sino y sobre todo escribir sobre muertos y sobrevivientes, más aún sobre las estrategias tenaces de la sobrevivencia. *El Formosa* es un conjunto de testimonios, celebraciones, recuerdos de exilios a través de generaciones y despliegues geográficos. Del centro de Europa a las costas del Atlántico a partir de la Primera Guerra Mundial: una reconstrucción histórica en la que se trata de embalsar y contener la nostalgia en un dique para que el torrente no se vierta sin otros límites que los de la escritura. Los dramas se relatan con cierto humor y con bastante ternura donde en filigrana transcurre otro mundo desaparecido, el de la lengua *idish* que naufragó, casi sin remedio, allende el Atlántico. *El Formosa* es también la historia de generaciones, huérfanas de raíces, a causa de terribles guerras, con las sombras amenazantes de fatales represiones, discriminaciones y desastres a repetición. Por eso, en *El Formosa* los relatos de dolor no son ostentatorios, apenas se adhieren a la piel como un espejo, el nuestro.

*¿Podría hablarnos un poco de cuál fue la génesis de escritura de esta novela, qué la desató?
¿Fue un recuerdo, una hilacha que estaba colgando para ser retomada como hilo de Ariadna?*

Martin Buber pasó veinte años para aproximarse a una respuesta en el Génesis acerca de de una preposición si se trataba de

En el comienzo...

o

Hacia el comienzo...

A mi manera te contesto con un pequeñito poema que te lo dice en forma más oportuna:

ELLA, LA EMPECINADA

Nadie diría

que por una hilacha

empezó la Dama de la Licorne

Y ya lo ves

¿Qué rutinas de trabajo tiene? ¿Dónde escribe? ¿Qué pasa durante los viajes: puede escribir o llevar diarios o sólo lee?

En esta etapa de mi vida escribo en mi casa al amanecer, a la hora del lobo y sin otra luz que la de la computadora. Un par de horas no más. Escribo con la radio prendida en un programa de noticias, siempre el mismo. Resabios de mi época de periodista, donde era prudente saber de qué grandes dramas estaría hecha la jornada. No desenchufo el teléfono. En los viajes llevo libretitas en las que anoto palabras para apresar imágenes, antes de que me olvide, me digo, pero después las pierdo. A veces no me entiendo la letra.

¿Qué libros guarda en ese estante preferido de su biblioteca y de cuál se ha desprendido últimamente?

Siempre y por suerte existen los deslumbramientos periódicos, qué te digo, recientes lecturas de Natalia Guinzburg en *Léxico familiar*, un poema sobre César Borgia de Alvaro Mutis, mucho azar. Qué rechazo: los incompatibles éticamente, los fachos, los racistas, para qué hacer nombres, no tengo tiempo para releer gentuza, aunque algunos prediquen que es bueno separar vida y obra de la gente.